

El «saber leer», o modalidades sociohistóricas de la lectura*

Jacques Leenhardt

El debate que sobre la lectura se ha instaurado desde hace más de una década y ha hecho de ella de nuevo un problema central para la teoría literaria, hasta ahora sólo les ha concedido poca importancia a los marcos sociales e intelectuales en el seno de los cuales se desenvuelve obligatoriamente la actividad lectora.

Así, cuando después de un largo período de atención casi exclusiva a los aspectos lingüísticos y semióticos de la literatura, se quiso volver a darle un sitio a la lectura, fue, naturalmente, en la línea metodológica del pasado donde se intentó construir lo que sólo podía ser una estética del *efecto* en la literatura. Los trabajos que ilustraron esa orientación investigativa mostraron cómo el texto, como aparato retórico, apuntaba al lector y organizaba sus efectos para conmoverlo, enseñarle y convencerlo, o para engañarlo.¹ Después de haber considerado el texto como una estructura cerrada sobre sí misma, se le reconocía, pues, una apertura, ligada al hecho de que la crítica podía reconstituir *intenciones* manipuladoras del escritor.

H. R. Jauss, por su parte, le dio una dimensión dialógica a esta atención a los aspectos comunicacionales de la obra literaria, proponiendo que se estudiara la actividad lectora como una «respuesta» que se da a una «pregunta» formulada como texto.² El paradigma pregunta/respuesta presenta, ciertamente, la doble ventaja de postular la existencia de una comu-

* «Le 'savoir-lire', ou des modalités socio-historiques de la lecture», manuscrito entregado por el autor.

¹ Cf. W. Iser, *Der Akt des Lesens*, Munich, 1976, pp. 175 y ss.

² Cf. H.-R. Jauss, *Literaturgeschichte als Provokation*, Francfort, 1970.

© Criterios, La Habana, 2006. Cuando se cite, en cualquier soporte, alguna parte de este texto, se deberá mencionar a su autor y a su traductor, así como la dirección de esta página electrónica. Se prohíbe reproducirlo y difundirlo íntegramente sin las previas autorizaciones escritas correspondientes.

2 Jacques Leenhardt

nicación entre el escritor y el lector y de no imponer, sin embargo, la inmediatez del contacto entre los actores de esa comunicación. Por consiguiente, la «pregunta» puede esperar durante varios siglos una respuesta, y también puede suscitar a lo largo de los siglos «respuestas» múltiples. Así se ve puesto en evidencia un modo esencial de funcionamiento de la literatura, sin que se presuponga una relación inmediata y unívoca entre la obra y el medio de su producción. En cambio, la naturaleza de esa relación sigue siendo un punto neurálgico para toda teoría de la literatura.

Sartre, en «¿Qué es la literatura?»,³ al igual que numerosas investigaciones provenientes del marxismo,⁴ tienden a acentuar el carácter consciente y voluntario de esa relación del autor con su público, la cual se sitúa, en Sartre, dentro de una filosofía y una axiología del proyecto. A pesar de todo, en *El idiota de la familia* esa relación, aunque siempre privilegiada, se ve mediada por instancias de carácter sociohistórico, la principal de las cuales está representada por la familia. La importancia quizás excesiva que concede Sartre a la familia como estructura mediadora, lo conduce a privilegiar lo retrospectivo en la elaboración del «proyecto», lo que borra la presencia, en el mundo social contemporáneo, de los actores de la escena literaria.⁵

Las dificultades constantes que encuentra la teoría literaria cuando hace frente al problema de la lectura provienen, con certeza, del hecho de que, para abordar verdaderamente ese objeto, se ve obligada a apartarse de su regla metodológica fundamental: la primacía del *texto*. Ahora bien, si no quiere renunciar *a priori* a la dimensión comunicacional de la literatura, no podrá evitar el recurrir a los métodos y los problemas teóricos desarrollados por la sociología del conocimiento y de la comunicación.

Es en este espíritu en el que hemos emprendido una investigación empírica sobre la lectura, cuyo fundamento metodológico depende de las técnicas sociológicas clásicas de la entrevista y el cuestionario, con tratamiento estadístico. El sociólogo conoce los límites de esos métodos; el teórico de la literatura no debe ignorarlos. A pesar de todo, las cuestiones que esos métodos, por imperfectos que sean, les permitirán plantear, no se

³ J.-P. Sartre, *Qu'est-ce que la littérature?*, París, 1947.

⁴ Cf. M. Naumann et al., *Gesellschaft. Literatur. Lesen*, Weimar, 1975.

⁵ Cf. J.-P. Sartre, *L'Idiot de la famille*, París, 1971 y 1972, 3 vols. Cf. J. Leenhardt, «El hombre y/o la obra. Comentarios sobre la función de lo 'social' en *L'Idiot de la famille*», *Sin nombre*, vol. XIX, núm. 4, San Juan, Puerto Rico, 1981, pp. 40-51.

las sugerirá ninguna intuición, ni ninguna empatía. Remitimos a los capítulos I y III de nuestra obra *Leer la lectura. Ensayo de sociología de la lectura*⁶ para el examen crítico de esas cuestiones. Aquí sólo consideraremos, a partir de algunos resultados expuestos en esa obra, la cuestión de la dimensión sociohistórica del acto intelectual de leer, primeramente desde el punto de vista de las actitudes que el lector es capaz de tomar ante el texto, y después desde el punto de vista de las instituciones sociales que organizan esas actitudes en *competencias*.

1. Las modalidades de la lectura

La diversidad de las lecturas posibles de un texto no es un hecho, es solamente una evidencia. Toda la dificultad de la teoría de la literatura estriba en transformar esa evidencia en un posible objeto del saber. Con ese fin, propusimos a la lectura de más de 500 lectores dos novelas, y esas personas tuvieron a bien comentar seguidamente la lectura que habían hecho de esas obras.⁷

En esta encuesta se evidenció que, puesta a un lado toda divergencia ideológica o axiológica, los lectores aplicaban, ante los textos que se les proponían, modalidades de enfoque diferentes. Estas conciernen a la *actitud intelectual* que organiza la relación con el texto. Aunque hayamos tenido que tratar con seis categorías socioprofesionales y con dos países muy diferentes culturalmente, Hungría y Francia, se puso de manifiesto que esa gran diversidad no determinaba modalidades en número correspondiente. De hecho, y esto puede valer en primera aproximación, pusimos de relieve tres modalidades principales de la perspectiva que se tomó sobre el texto literario. Ni que decir tiene que esas modalidades conciernen a la lectura de individuos que leen «por placer», y en la cual, por consiguiente, no reinan las normas de competencia requeridas por la institución académica.⁸

⁶ J. Leenhardt y P. Józsa, en colaboración con M. Burgos, *Lire la lecture. Essai de sociologie de la lecture*, París, 1982.

⁷ La encuesta tuvo por objeto la lectura de la novela de Georges Perec, *Las cosas*, París, Julliard, 1965, que recibió aquel año el Premio Renaudot, y de la novela de Endre Fejes, *El cementerio de herrumbre*, París, Denoel, 1966, traducción al francés. Las dos obras fueron leídas, a la vez, en su lengua de origen y en traducción, en París y en Budapest.

⁸ Cf., más adelante, la unidad titulada «El escrito como texto».

4 *Jacques Leenhardt*

Calificamos de «cognitivas» esas modalidades en la medida en que designan la relación que el lector establece entre él mismo como sujeto cognoscente y el libro (respectivamente, el relato, el texto, etc.) considerado como objeto del acto cognitivo. Esas modalidades representan, pues, el fundamento de todo acto de leer y podemos tener acceso a ellas a través del análisis de los comentarios que los lectores hacen de su lectura.

Las tres principales modalidades cognitivas son:

- a) la modalidad fenoménica descriptiva;
- b) la modalidad emocional e identificatoria;
- c) la modalidad intelectual.

a) La modalidad fenoménica descriptiva.

Esta modalidad de lectura tiene por objetivo separar claramente el sujeto lector del objeto leído, dándole a este último toda la importancia de un hecho, pero también la indiferencia que se manifiesta normalmente hacia un hecho extraño. Aquí el lector se mantiene a distancia, no se siente interpelado y no cree que deba tomar posición con respecto a ninguno de los elementos del relato. El libro es un objeto, quizás un objeto de placer, pero, ciertamente, no está ligado al sujeto lector por relaciones de intimidad o de tácito acuerdo.

b) La modalidad emocional e identificatoria

En este caso, la operación cognitiva de lectura se presenta, ante todo, como la actividad de un Sujeto. Todas las circunstancias del relato, todos los valores actualizados por los personajes son, de entrada, evaluados, juzgados por el lector como si debieran tener una relación necesaria con él. Por ende, el sujeto cognitivo participa en la lectura con arreglo al modo de la implicación, lo que les da un status destacado a la identificación y a sus efectos psicológicos (entusiasmo, catarsis, etc.). Así, la distancia entre sujeto y objeto se ve reducida, y se pueden comprobar constantes transferencias.

Desde el punto de vista del discurso que sobre la obra sostiene el lector, se percibe en él una marcada tendencia a concentrar los comentarios en los personajes más que en las situaciones. El sujeto se involucra perso-

nalmente en la lectura, pero eso tiene como consecuencia, en el plano de la lectura, que él cree que está tratando, en la ficción, con «personas reales».

c) La modalidad intelectual.

Si la modalidad fenoménica concede cierta primacía al objeto y la modalidad emocional una primacía inversa al sujeto, la modalidad intelectual se caracteriza por un relativo equilibrio entre esas dos instancias. En muchos casos se comprueba incluso, en el discurso, una manera de objetivar la relación del sujeto lector con su objeto que es muy propia de esta modalidad. Los comentarios adoptan un punto de vista distanciado, cuyo punto de concentración es la relación misma y no el objeto considerado. Por ende, la lectura se construye como una hermenéutica y ofrece aspectos metadiscursivos importantes.

Se hubiera podido esperar que modalidades de una generalidad tan grande estuvieran distribuidas estadísticamente de igual manera en las poblaciones que fueron objeto de nuestra encuesta. Ahora bien, resultó que, tanto en el seno de los diversos grupos sociales de un solo país, como en la población de cada una de las muestras nacionales, tomada globalmente, se debían comprobar importantes variaciones en la distribución de esas modalidades. Ese resultado de nuestra encuesta subraya, pues, tanto la existencia de relaciones privilegiadas entre una cultura nacional —tomada como una entidad— y ciertas modalidades, como la existencia de una predisposición a emplear tal o cual modalidad en los miembros de un grupo social determinado.

Así pues, convendría que la historia literaria, siempre que se conciba a sí misma también como una historia de la lectura, se ocupara diligentemente de esta dimensión sociohistórica y cultural. La literatura circula de una cultura a otra, y uno no siempre sospecha las condiciones cognitivas que presiden las lecturas que se hacen de ella. Todo el mundo se acuerda de la época aún reciente en que las lecturas latinoamericanas y europeas de Borges eran muy diferentes, y nuestra encuesta mostró cuán divergentes eran los «usos» que se hacen de Péric y Fejes, en Hungría y en Francia. Esas comprobaciones, además de que son de tal naturaleza que podrían poner nuevamente en marcha el debate sobre la noción de texto —tal

como ésta cristalizó en las últimas décadas—, invitan a buscar los medios para una verdadera historia de las modalidades de lectura.

Una actitud demasiado extendida consiste, en efecto, en pensar que, ante las obras maestras de la literatura mundial, todo lector se halla en una situación de lectura idéntica. Así, se está contando, a la vez, con un universalismo de la razón y con un universalismo de la calidad literaria que, tanto el uno como el otro, están por demostrar. El estudio empírico de la lectura muestra, en efecto, que la unidad de la razón y la unicidad del texto desempeñan un papel secundario en el acto de lectura. Según el lugar y el momento, la jerarquización de las categorías de la percepción y de la evaluación varía de tal manera que resulta necesario considerar que el objeto al que se apunta en el acto de leer es la lectura misma más aún que el texto. Es, pues, esa «lectura», en su diversidad modal y en su multiplicidad histórica, la que ahora debe retener nuestra atención.

II. El poder de leer

Todo enfoque teórico del fenómeno de la lectura choca con la extrema diversidad en la que éste se presenta. Esa diversidad se debe, en particular, al hecho de que la literatura y la lectura, desde la más remota antigüedad, han estado estrechamente ligadas a los poderes políticos y religiosos que han ejercido sobre ellas un control y una censura constantes. La historia de las relaciones de los lectores con el libro y con la lectura, ha estado marcada, pues, en toda su extensión, por esas cosas ideológicas en juego.

A pesar de todo, no se podría reducir la historia de la lectura a la de las castas y grupos sociales poseedores del poder de leer. Si los escribas y los clérigos fueron los auxiliares indispensables de las potencias políticas, gracias a su dominio del principal medio de comunicación, el monopolio de hecho del que gozaron no basta, en su dimensión institucional, para elaborar una historia concreta. En efecto, el poder de leer no debe ser entendido solamente como ejercicio de una autoridad soberana y arbitraria. Muy a menudo, lejos de monopolizar ese poder, los políticos han tendido más bien a difundir la competencia lo más ampliamente posible en el cuerpo social a fin de constituir una verdadera *hegemonía*, haciendo que el conjunto de las clases acepte los modelos intelectuales que guían su propia práctica. Así, más que simplemente acaparar el saber leer reduciendo la difusión del aprendizaje de la lectura, algunos poderes han preferido, hábil-

mente, una táctica activa de generalización (llamada a veces democratización) de los modelos de su competencia.

Históricamente, se comprueba así una evolución, que hace que se desplace el enfrentamiento social y político que tiene por objeto la disposición de los textos. Después de un largo período en que lo que está en juego consiste en apropiarse del saber leer y del derecho de acceso a la lectura de los textos, el terreno sobre el que se enfrentan los actores sociales pasa a ser el de la competencia lectora misma. Después de que ha cesado el simple acaparamiento del saber leer, comienza un proceso de socialización de la lectura en el curso del cual lo que están en juego pasa a ser la imposición de los modelos legítimos de lectura. La dogmática teológica como lectura legítima del Libro sagrado, el derecho y la jurisprudencia como lectura legítima de la Ley, la explicación de textos como lectura legítima de la literatura en el marco del proyecto pedagógico, todos esos aparatos interesados en el más alto grado en la lectura elaboran, en el curso de los siglos, *competencias* que ellos difunden a través de los diferentes órganos pedagógicos a que pueden recurrir.

Esas *competencias*, encarnadas por instituciones, orientan la relación del lector con el texto, determinan el plano de pertinencia de la lectura, es decir, la modalidad según la cual el texto debe ser llamado a significar. El proceso de la competencia se efectúa por imposición y difusión de normas. Mediante la misma lógica que declaraba herética la lectura de la Biblia como ficción o como mito, más cerca de nuestros días ciertas corrientes de la institución académica han vuelto «herética», es decir, ridícula u obsoleta, la lectura del texto literario como mensaje o como símbolo.

No se podría tratar de hacer aquí una verdadera historia de la competencias legítimas. Esta constituye, sin embargo, una de las tareas más urgentes de la historia de la lectura como parte integrante de la historia literaria. Esta historia requerirá un estudio profundizado de las instituciones pedagógicas en el sentido amplio, que tienen como misión difundir las normas legítimas de lectura. Por otra parte, no podrá contentarse con abarcar las instituciones dominantes, como, en Francia, la Iglesia católica o la Escuela laica. En efecto, cada sistema dominante de normas hace nacer en sus márgenes sistemas competidores que hallan una legitimidad de oposición, ora en el enfrentamiento de los intereses sociopolíticos, ora en la diferencia de los géneros literarios y del modo de lectura inducido por estos últimos, ora, por último, en la competencia misma entre los grupos productores de literatura a partir del momento en que una parte de la literatura se

8 Jacques Leenhardt

ha desarrollado como práctica relativamente autónoma con respecto a los otros poderes, es decir, a partir de la segunda mitad del siglo XIX.⁹

Demasiado compleja para el propósito de un artículo, semejante historia implica, además, investigaciones que todavía faltan. Por tanto, nos contentaremos, después de haber dibujado a grandes rasgos una tipología de las actitudes personales ante la obra literaria, con bosquejar los grandes ejes no de una historia, sino de una tipología de las competencias legítimas, cuyas categorías podrán orientar a semejante historia.

Distinguiremos tres *competencias*, a cargo de instituciones, que suministran a todo lector un marco de lectura legítima. Esas competencias son, pues, del mismo nivel epistémico que las modalidades cognitivas antes estudiadas y compiten con ellas. Pueden, cuando las circunstancias lo permiten, constituir una fuente socializada a la que se orienta la actitud cognitiva de los sujetos individuales lectores. En ese caso, hay, desde el punto de vista del sujeto lector, una verdadera obediencia. También puede resultar que el sujeto desarrolle una lectura socialmente heterónoma. Sobreviene entonces un conflicto entre su actitud cognitiva y el modelo difundido por la competencia legítima, y su lectura resulta heterodoxa.

Distinguiremos tres categorías en las cuales las instituciones de difusión de la lectura consideran el objeto texto:

- a) el escrito como absoluto;
- b) la simbólica literaria;
- c) el escrito como texto.

Así pues, cada lectura concreta se presenta siempre como una transacción entre:

- 1) la actitud espontánea del lector, profundamente arraigada en las particularidades psicológicas individuales y sociales;
- 2) las competencias dominantes, aunque no tengamos la ocasión de desarrollar aquí este punto;
- 3) las particularidades dialógicas presentadas por el texto mismo.

⁹ Cf. nuestro artículo «Vers une sociologie des mouvements d'avant-garde», en: J. Weisberger (ed.), *Les avant-gardes littéraires au XXe siècle*, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1984, pp. 1059-1072.

De la negociación entre esas tres instancias es de donde nace toda lectura que se haga.

La cuestión teórica de la lectura se presenta, en la perspectiva cognitiva que hemos adoptado aquí, como la cuestión del paso de la alteridad, del objeto, del texto, a la identidad [*même*], al lector, al yo psicológico. La trascendencia del objeto, en la teoría del conocimiento, ha hecho que, desde la más remota antigüedad, el procedimiento cognitivo haya sido concebido con arreglo a las mismas categorías que el conocimiento teológico. La designación del objeto de conocimiento, en su alteridad, como trascendencia con respecto al sujeto, si bien manifiesta oportunamente la homología entre discurso cognitivo y discurso teológico, no debe conducir, sin embargo, como a ello nos invitaría Schleiermacher, a concebir toda teoría del conocimiento bajo la forma de una teología. Si bien la tradición occidental del idealismo ha elaborado ampliamente en términos religiosos el problema que nos ocupa, ha chocado constantemente con otras corrientes filosóficas. Así pues, volveremos a hallar en nuestra tipología esas diferentes orientaciones, que, sin embargo, no nos será posible ilustrar abundantemente en el marco del presente trabajo.

a) El escrito como absoluto.

El acto de leer puede presentarse ante el escrito en la postura de reverencia. Lo que está escrito es reconocido, entonces, *a priori* como verdad con los atributos de ésta y especialmente con su eficacia sobre el lector. Lo que está escrito debe ser leído, y lo que es leído se impone con la fuerza trascendente de lo Verdadero. Existe en ese caso de figura una relación muy marcada entre el emisor del texto y su destinatario. Este último reconoce, en el absoluto del escrito, el absoluto del emisor mismo, sea Dios, el Pueblo o alguna entidad fundadora que, como el Dictador, ha dictado la Ley.¹⁰

La aplicación del escrito a su destinatario le impone a este último acomodarse a lo que, para él, él entiende del texto. La indiferencia o la toma de distancia están excluidas, porque la trascendencia del escrito, una vez reconocida, es ineludible, como recuerda la prosopopeya de las Leyes en el *Critón* o como experimentó Lutero cuando descubrió en la Biblia una

¹⁰ En la admirable novela de A. Roa Bastos, *Yo el Supremo*, se hallará una bella ilustración de ese proceso dictatorial del escrito.

10 Jacques Leenhardt

palabra más verdadera y apremiante que la del Magister y la tradición. Cierta idea del cuerpo social en la Atenas de Platón, un viento profético y reformador en la Iglesia del siglo XV, entre muchas otras cosas, tendieron, pues, a aumentar la fuerza trascendente del texto, sin caer por ello en el puro misticismo. Es por eso que la categoría de la aplicación es esencial aquí, porque presenta aspectos contradictorios en lo que respecta a la afirmación de la pura trascendencia. De ahí proviene, por ejemplo, la dificultad central de la teología protestante de la Gracia.

La dialéctica que se instaura así entre trascendencia y aplicación constituye el principio de transformación de ese primer tipo en un segundo tipo que llamaremos «simbólico». En efecto, en la medida en que la existencia misma de una palabra trascendente se ha hecho comunicación en el texto, la exigencia de la que la alteridad de esa palabra es, en sí, portadora tiende a hacerse ley y a forzar al lector a recibirla como tal. Es entonces cuando nace, en el punto de unión de esos dos tipos de lectura, la noción de aplicación. Desde el momento en que el escrito deviene la Ley, está destinado a la aplicación. La Ley es lo que se lee en la perspectiva de la evaluación de los actos.

Sin embargo, para pasar de la absoluta trascendencia de la palabra a la aplicación (alegórica o moral), hay que someter el texto como absoluto a un trabajo de mundanización. Eso es lo que realizaron los teólogos, y especialmente los que se situaron en la perspectiva de la ley mosaica y construyeron una simbólica como mediación entre los planos divino y humano (o mundano). Lutero y la tradición protestante, en cambio, buscando una fuente en el acto puro de fe de Abraham (en contraste con la hermenéutica de la ley, representada por Moisés, mediador entre Dios y el pueblo de Israel),¹¹ desarrollarán una teoría de la lectura esencialmente a-simbólica.¹²

¹¹ Sobre esta oposición de las dos espiritualidades abrahámica y mosaica, consúltese *La parole et le buisson de feu* de F.J. Leenhardt (Neuchâtel, 1962).

¹² En una perspectiva que no sería, como aquí, simplemente tipológica, sino que desarrollaría esas observaciones en el plano histórico y sociológico, convendría subrayar cuánto ha alimentado la lectura a-simbólica los movimientos sectarios y proféticos, y ello desde la antigüedad griega, pero sobre todo en la Baja Edad Media. Consúltese, sobre ese punto, E. Troeltsch, *Die Soziallehren der christlichen Kirchen und Gruppen*, Tübinga, 1923, pp. 418 y ss.

b) La simbólica literaria.

En la metodología gnoseológica de Leibnitz, un corte riguroso separa el «conocimiento intuitivo» del «conocimiento simbólico». Y hasta para el fundador de la idea de una «característica universal», todo conocimiento por símbolo es rebajado al rango de «conocimiento ciego» (*cognitio caeca*).¹³

Cassirer muestra bien cómo, del misticismo neoplatónico a Leibnitz e incluso a Kant, la gnoseología del texto absoluto desvaloriza el símbolo planteando una relación inversamente proporcional entre riqueza simbólica y contenido esencial. En efecto, la propia tradición mística, del Pseudo-Dionisio a romanticismo, se presenta como un modo de conocimiento superior a la intuición sensible y a la inteligencia. Por otra parte, Ingarden subraya ese punto y se inscribe en la misma tradición, recordando que en el proceso literario lo simbolizado *sólo* es simbolizado, lo que significa que no podría llegar a la autorrepresentación.¹⁴

Así pues, el segundo tipo de lectura acepta y valoriza el plano simbólico que el primero rechaza. Si el texto está destinado a significar *para* el lector, la elaboración de esa significación y las condiciones de ésta no dependen, en lo que concierne al lector, de una aprehensión intuitiva inmediata. Apela, por tanto, a la mediación institucional que le garantiza el acceso al conocimiento. La lectura simbólica pasa, pues, por una mediación cultural e institucional. Por eso favorece, sin saberlo, la intervención de las instancias legitimadoras de lectura.

Desde el momento en que el texto ya no está destinado a ser aplicado inmediatamente, sino sólo mediatamente, una distancia hermenéutica separa la capacidad del texto para significar y la eventual aplicación de éste, como ley, a las circunstancias particulares del sujeto lector. La lectura se presenta entonces como una actividad doble, que está relacionada, por una parte, con la autonomía significativa del texto (lo que acerca al tipo *a*), y, por otra parte, con la necesidad que se le presenta al lector de constituir para sí mismo una significación a partir de las características semióticas y semánticas del texto. Esta ambivalencia se basa en el hecho de que todo

¹³ E. Cassirer, *La philosophie des formes symboliques*, traducción al francés, 1972, vol. I, p. 57.

¹⁴ Cf. R. Ingarden, *L'oeuvre d'art littéraire*, trad. al francés, Lausana, 1983, p. 254.

12 Jacques Leenhardt

procedimiento simbólico implica que lo simbolizado pertenece a un mundo que no es el del simbolizante. Sólo a partir de esta dualidad de los mundos es que se hace posible la simbolización como puente gnoseológico entre el *alter* texto y el *alter* lector. Desde el punto de vista del proceso gnoseológico propiamente dicho, el símbolo se agota, pues, en su función de simbolización, es decir, en su función de enlace y de figuración del objeto que se ha de conocer. No obstante, en la lectura simbólica, tiende a autonomizarse. Desde el momento en que el simbolismo, como función, deviene un objeto en la cultura, oculta su función, para devenir, él mismo, el fin del acto de conocimiento, mientras que es su intermediario.

En la lectura simbólica, la separación de lo inteligible y lo sensible desaparece, con la problemática de la idea y del fenómeno que está ligada a ella, en beneficio de una sacralización de lo simbólico mismo, como se la puede hallar en la teoría del arte, en un Hebbel, por ejemplo: «pero el arte no sólo es infinitamente más, es una cosa completamente distinta, es la filosofía realizada». El arte puede ser esa realización de la filosofía porque es, según la expresión de Goethe, «síntesis del mundo y del espíritu». Es, pues, el único en realizar la unidad de los mundos sensible e inteligible, en ser símbolo y en superar la dualidad sobre la que está basada toda simbolización.

c) El escrito como texto.

Nuestra tipología gira en torno al eje que constituye el proceso de simbolización. La lectura puede reconocer plenamente ese proceso y alimentar una práctica que, en los casos extremos, conducirá a una fetichización de la obra de arte, con su obligado cortejo de hermeneutas, críticos y especialistas autorizados de la significación, como también puede tender a poner entre paréntesis la simbolización, con miras a un acceso inmediato a la Palabra y a la Verdad. También puede, al contrario, tender a borrar la función simbólica y querer considerar solamente la presencia del texto y de las características de su organización. Al contrario de lo que ocurre en la lectura de tipo místico, hallamos, pues, una lectura *literal*, cuya voluntad de des-simbolización se basa en una ética positivista y en las normas del empirismo. En torno a esta noción de *texto* (tomada esta vez en su sentido fuerte y técnico), se constituyeron instituciones competentes, la principal de las cuales es la institución académica.

Esta última se opone, desde el punto de vista sociológico, a las instituciones que legitiman la lectura simbólica, porque les opone, en el plano teórico, sus valores y sus normas (filología, historia, semiótica, etc.), lo que le ha permitido introducir históricamente un nuevo discurso sobre la obra literaria: el discurso del saber.

Hoy día se tiende a oponer radicalmente la lectura como la concibe la historia y la que practica el supuesto «formalismo» Sólo son verdaderamente contradictorias para quien acceda a separar lo que no debe ser separado, a saber, la forma presente y, por así decir, accidental de un texto de la historia de ésta. Para decirlo con palabras de Genette,

puesto que la historia es el estudio de lo que cambia y, por consiguiente, de lo que dura, es muy necesario que ella se ocupe, en literatura, de esos datos duraderos que son las grandes categorías que trascienden las obras: los géneros, los tipos de discurso, los modos de ficción, las formas estables, los temas recurrentes, etc.¹⁵

Así pues, las posiciones teóricas divergentes dentro de la teoría literaria son prácticamente derivadas con respecto al tipo de lectura en el que cada una de ellas está basada. Del texto, cada una selecciona ciertas instancias de significación histórica o formal, y hace de ellas el objeto de un saber. Más allá de su pertinencia ideológica, esas oposiciones teóricas señalan más bien, en el plano sociológico, la existencia de esa competencia entre grupos intelectuales que describe Bourdieu.¹⁶

Las tipologías, con sus categorías demasiado generales, tienden, aparentemente, a alejarnos de las lecturas concretas, *hic et nunc*. Sin embargo, estas últimas nunca son inteligibles sin pasar por generalizaciones: la pura diversidad permanece opaca. En *Leer la lectura* tratamos de combinar la observación demasiado cercana con la demasiado distante. La necesidad de las categorías englobantes sólo resultó mayor. Pero si se quiere llegar al extremo del esquematismo que aquí nos ha animado, es preciso tomar también en consideración un tercer plano tipológico que hasta ahora sólo hemos mencionado: el de la estrategia de lectura elaborada por el texto

¹⁵ «Comment parler de la littérature», intercambio entre M. Fumaroli y G. Genette, en: *Le Débat*, núm. 29, marzo de 1984, p. 148.

¹⁶ Cf. P. Bourdieu, «Champ intellectuel et projet créateur», *Les Temps Modernes*, XXII^e année, núm. 246, noviembre de 1966.

14 Jacques Leenhardt

mismo. No estaba en nuestra intención desarrollar aquí sus categorías, con tanto más razón cuanto que ese es el sector mejor trabajado de la teoría de la lectura. El texto coloca a su lector en una *posición de lectura* que es elaborada a través de un juego de *modalidades de comunicación* puestas en acción en el aparato retórico textual.

Por consiguiente, un acto concreto de lectura o, si se prefiere, la experiencia¹⁷ de lectura deberá ser considerada desde el triple ángulo de las normas legítimas (competencias), las modalidades cognitivas (costado sujeto-lector) y las modalidades de comunicación (costado objeto de la lectura). Únicamente obrando así, se llegará a aprehender la significación específica de cada uno de esos actos singulares, en el marco cultural englobante que lo define.

Traducción del francés: *Desiderio Navarro*

¹⁷ «...si por experiencia se entiende la correlación, dentro de una cultura, entre dominios de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad», M. Foucault, *L'Usage des plaisirs*, París, 1984, p. 10.